



[Diego Cabrera Vaz]

EL DÍA
MÁS LARGO

El día más largo

Diego Cabrera Vaz

Primera edición: diciembre de 2023

© Copyright de la obra: Diego Cabrera Vaz

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 978-84-127905-8-0

Código ISBN digital: 978-84-127905-9-7

Depósito legal: B 22439-2023

Corrección: Diego Cabrera Vaz

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions www.angelsfortunedititions.com

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

A este mundo de desiguales ocurrencias

Por eso me dejaron atónito aquellas afirmaciones: «Para mí eso es imperdonable, es lo peor. ¿Entiendes? Es lo más bajo en lo que se puede caer», y con ellas había cerrado la conversación — su cuita— por aquel día y bastantes más.

Así empieza lo malo

Javier Marías

Hay, pues, un fondo de verdad; sobre ese fondo se han fabricado invenciones desmesuradas, quizá verosímiles, pero sin duda falsas.

Estudios sobre Renacimiento y Barroco

Domingo Ynduráin

PRIMERA PARTE

NO TODOS LOS CAMINOS CONducEN A ROMA

1

Según opinión de Emilio, que estaba de un humor de mil demonios, tratando de chapar sin ganas, y sin ser capaz de esmerarse, para el examen que tendrá que realizar mañana a primera hora en la facultad de Historia, el día de hoy no parecía apto para ser feliz. Estaba algo melancólico, un poco obturado sentimentalmente porque no apreciaba demasiado cariño en torno suyo. No lograba concentrarse en el estudio de los apuntes fotocopiados que le había prestado Celia, una compañera de clase. Se distraía del estudio y tenía ocurrencias como que la vida no dejaba de ser un continuo fluir de personas con distintas motivaciones, debido a sus diferentes ocupaciones, objetivos, aspiraciones y el deseo de cumplir determinados sueños según la capacidad y la posibilidad de cada uno, contando con las posibles limitaciones que se pudieran poseer. Pensamientos de este tipo disminuían su felicidad, los deprimía, pero aparecían en su mente de forma fortuita o irremediable.

Emilio no era un soñador empedernido. Se ceñía bastante a los hechos de su realidad. Sus pensamientos podían ser divagantes y envolventes a la par. Le gustaría que su vida cambiase radicalmente, que mejorase en muchos aspectos. No se encontraba a gusto consigo mismo. No estaba conforme con su situación actual, y no porque fuera un inadaptado, sino porque la consideraba injusta, muy en contra de sus deseos, pero bastante

acorde a sus posibilidades. En realidad, lo que le ocurría era que no se conocía a sí mismo en profundidad, de ahí la procedencia de su conflicto personal. No tenía demasiada buena opinión de sí mismo. Él creía que actuaba en sociedad siguiendo unos patrones conductuales que consideraba correctos y adecuados para los tiempos que corrían. Pero no estaba muy seguro de que su comportamiento fuera el más idóneo. Bajo en autoestima, se consideraba un vulgar don nadie que no se soportaba a sí mismo porque no poseía la capacidad de cambiar el rumbo de su situación. Se frustraba, repercutiendo en su ánimo negativamente. Le encantaría poseer una varita mágica para poder cambiar el rumbo del mundo a su gusto siguiendo los antojos de su personalidad. Se preguntaba qué podría él cambiar del mundo si estuviera en su mano la posibilidad de convertirlo en algo distinto. «Todo viene dado», se decía a veces muy filosófico él. «Lo que tiene que ocurrir, ocurre, pero... ¿no es evitable? Cuanto sucede... ¿es impredecible? Quizá no haya nada previsible». Ojalá estuviera en su mano poder elegir todo cuanto fuera conveniente para sí mismo. Oh, la cabeza empezaba a darle vueltas, una migraña se acababa de accionar, mejor que se tomara una aspirina con una infusión de tila. No debió fumarse un porro de hachís poco antes de ponerse a estudiar. No sentía culpabilidad alguna, pero era consciente de que estaba condicionado y mermado por los efectos de la droga, que le aturdía la mente, debilitaba su pensamiento y no dejaba de recordar acontecimientos del pasado, tanto agradables como desagradables.

—Cuánto me alegro de que hayas tomado la decisión de dejar de fumar.

—A mucha honra.

A simple vista contrastaba la figura de los dos máximos mandatarios de la policía de Odarea, esta preciosa ciudad del norte de España muy querida y admirada por la mayor parte de sus conciudadanos residentes durante todo el año y por los visitantes agradecidos de poder permanecer una temporada de tiempo limitado en un territorio tan maravilloso, espectacular y hospitalario. El comisario era un hombre bajito y regordete, de aspecto holgazán porque descuidaba su imagen. Era más joven que su subordinado, el inspector Riveira, el cual era espigado, con una calvicie bastante pronunciada y un rostro de bondad que no dejaba lugar a dudas de que se trataba de un buen hombre.

—A mí no me fue nada difícil dejarlo, aunque a veces me incomodaba soñar que fumaba y que me agradaba hacerlo, ya ves qué engañosos pueden llegar a ser los sueños. ¿Qué te hizo tomar la determinación de dejarlo?

—Todo se lo debo a mi mujer y a mis dos hijas, que no dejaron de insistir y de amenazarme: «O aprovechas ahora que estás de vacaciones para dejar de fumar, o ya te puedes ir despidiendo de nosotras—. Así de contundentes fueron. No lo dudé y les hice caso a mis tres seres más queridos.

—¿Qué tal están?

—Bien, como de costumbre, sin problema. Y a tu hija, Valerio, ¿cómo le van los estudios?

—No tengo queja. Celia es una excelente estudiante. En esto se parece mucho a su madre, no a mí.

Guardaron silencio. Ambos policías sabían lo doloroso y duro que era para el inspector Riveira no poder contar con su mujer a su lado debido a su fallecimiento a una edad muy joven.

Un policía de servicio, Gabriel Dacosta, pidió permiso para entrar en el despacho del comisario Fuentes. Informó sobre cuestiones rutinarias. Como acababa de escampar, el comisario Fuentes le ofreció al inspector Riveira salir a la calle a caminar, pues su cuerpo estaba algo entumecido.

3

Un nutrido grupo de ilusionados niños estaba a punto de adentrarse en el monte más cercano al núcleo de la población. Con la ayuda de un serrucho tenían intención de cortar desde la base los troncos de los eucaliptos y de las retamas que pudieran luego transportar con sus propias manos para trasladarlos a la plazoleta en cuyo alrededor se situaban las casas en las que residían. Los pequeños árboles cortados se quedarían secos en unos pocos días, a la intemperie, gracias a la acción del calor y de los rayos del sol, y así podrían ser quemados, con suma facilidad, en la noche de las hogueras de San Juan, celebración que tenía lugar del 23 al 24 de junio.

Caminaban divertidos, considerándose imprescindible cada uno de ellos en la tarea que les habían encomendado algunos de sus familiares adultos. Sabían perfectamente lo que iban a hacer, y cómo lo debían hacer. Eso era saber. Iban directos al monte con una gran decisión.

En este viernes por la tarde de mediados de junio del año 2010, Emilio, a quien el examen que había realizado por la mañana le había salido bastante mal, vio que los niños subían por una de las cuestas que iban directas a uno de los senderos que conducían a uno de los montes de Odarea. Observó que el más alto de los chavales portaba un serrucho en la mano. Mostrando una sonrisa maliciosa se le ocurrió en broma la impertinencia de preguntarles si pensaban ir a matar a alguien, pero se contuvo de la sublime tontería que se le acababa de ocurrir y no la dijo. Sin embargo, les preguntó a todos en general:

—¿A dónde vais con esa arma?

Una de las dos niñas del grupo, con resabio, replicó:

—No es un arma, es un utensilio que sirve para cortar árboles pequeños.

Emilio no se quedó callado y dijo:

—Ah. ¿Y para qué vais a cortar árboles pequeños estando prohibido? Como os coja un guardabosques, ya veréis el castigo que os espera.

Impaciente, el niño que portaba la herramienta indicó:

—Son para hacer fuego en las hogueras de San Juan.

Emilio asintió y después de sonreír con intención de animarlos, dijo:

—Ah, claro, no me daba cuenta. Muy bien. Pues nada, manos a la obra, chavales.

Acerca del autor



Diego Cabrera Vaz nació en Baiona (Galicia). Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Vigo, es coautor de la novela *Samain's party* con la que irrumpió en el mundo literario.

Apasionado por su tierra y decidido a continuar con su carrera de escritor, nos presenta su segunda novela *El día más largo*, con la que se consolida como autor gallego de suspense.